

EL SOLSTICIO DE VERANO

Solsticio deriva del latín *solstitium*, sol (el astro) y *stitum* (detención). La detención del sol que marca el tiempo en que este se halla más lejos del Ecuador y en que parece quedarse varado en los mares del Universo durante unos días. El solsticio de verano se produce entre los días 21 y 22 de junio en el Hemisferio Norte cuando la distancia angular del Sol al Ecuador celeste es máxima. Es momento de fecundidad, de cosechas, de gracias por los dones recibidos y de acopios para pasar el otoño y el invierno.

Sabemos que en la tradición hindú la fase ascendente se pone en relación con el *deva-yâna*, y la fase descendente con el *pitṛ-yâna*; por consiguiente, en el Zodíaco el signo de Cáncer, correspondiente al *solsticio de verano*, es la “*puerta de los hombres*”, que da acceso al *pitṛ-yâna*, y el signo de Capricornio, correspondiente al *solsticio de invierno*, es la “*puerta de los dioses*”, que da acceso al *deva-yâna*

Antecedentes de la celebración solsticial cabría hallarlos, entre otros, en la celebración celta del Beltaine, o del bello fuego, o también fuego de Bel, ceremonia realizada en honor del Dios Belenos. Era el momento propicio en que los druidas purificaban el ganado y hacían plegarias por un año fructífero. A la noche de San Juan los celtas la llamaban Alban Heruin. Establecieron para gobernarse un calendario solar dividido en doce meses. A cada uno de ellos lo bautizaron con el nombre de un árbol de sus bosques apreciado por sus cualidades. Árboles que eran consustanciales como realidad de su hábitat, y para su supervivencia como pueblo ceñido a la naturaleza. A partir de esta división ordenaban los periodos propicios de siembra y de cosecha.

En los momentos del tránsito solsticial encendían hogueras para glorificar el poder del Sol. Eran conscientes del hecho solsticial y de que los fenómenos ocurridos en la bóveda celestial tenían un grado de influencia en sus vidas. Reconocían en el Sol la paternidad de los ciclos de la naturaleza. Una magia cargada de fuerzas positivas y generosas. La energía del Sol se trasmutaba y derramaba en sus tierras y frutos, en la fertilidad de las mujeres. Similar era el trasfondo de las celebraciones griegas en honor del Dios Apolo que marcaban el solsticio de verano con sus hogueras purificadoras. Minerva, por su parte, centraba las fiestas asociadas al fuego de los romanos.

Al otro lado del Atlántico los festivales primordiales incaicos estaban en relación a los solsticios siendo majestuosa la celebración del Inti-Raymo o fiesta del Sol que el 24 de junio tenía lugar en las cercanías del Cuzco imperial, recinto inaccesible y enigmático.

Ambos solsticios representan esa dualidad tan inherente a la ontología masónica. El del verano, alegre, triunfo de la luz, aunque paradójicamente siendo la majestad de la eclosión es también el principio de descendimiento. Como contrapartida, el de invierno siendo triste augurio de sombras melancólicas, es inicio en su propia expresión de una fase de crecimiento y de un camino abierto hacia la plenitud.

El cristianismo, en su esfuerzo por hacer suyas las numerosas fuerzas que tienen su manifestación en esta fecha solar mágica, optó por dedicarla a San Juan. San Juan Bautista es el auténtico príncipe del santoral cristiano, el único santo del que se celebra su nacimiento y no la muerte. Así lo advierte San Agustín, afirmando que fue santificado en el vientre de su madre y vino al mundo sin culpa. Hijo de anciano sacerdote, Zacarías, casado con una mujer tan santa como estéril, al nacer curó a su padre de una mudez que se sufría como castigo por su poca diligencia en acreditar el anuncio del ángel Gabriel cuando le avisó del estado de gravidez de su esposa.

Juan es portavoz de la Redención. Por ello su festividad, el 24 de junio, es y se la asimila a una fiesta solar. Encarna sobre sí la liturgia del solsticio de verano porque para los crísticos era quehacer imposible erradicar de la práctica tradicional los más antiguos ritos de la Humanidad escenificados en la mas grande de todas las fiestas, las ancestrales celebraciones solares. Juan sería un Sol menor que abre camino al Sol mayor, Cristo. También, de nuevo la dualidad, en ambos personajes se contraponen la muerte y la resurrección.

Juan se muestra firme en su misión ante el rey Herodes preparando el camino de su Señor. Es una voz que clama en el desierto y que no calla. No calla ante la opresión y no gira el rostro ante los abusos de poder aunque no le afectasen personalmente. De tanto insistir, -como suele suceder con los díscolos legitimados por la razón-, su cabeza terminará sobre una bandeja de plata, en este caso como ofrenda obscena a una sensual y libidinosa bailarina, Salomé. Al menos es lo que nos refiere Flavio Josefo. A partir de ahí, ya mártir, el nombre de Juan se utiliza por el mundo cristiano impuesto con la fuerza positiva del mismo Sol, con la viveza del fuego y la fecundidad de una virtud invencible.

En la Edad Media el ya entonces San Juan de los cristianos fue adoptado como Santo Patrón de los Collegia Fabrorum de artesanos y luego de los constructores, masones operativos desde donde pasó su patronazgo a la masonería especulativa, desde su mismo surgimiento a principios del Siglo XVIII.

Hay una corriente de estudiosos de la Masonería que asocia la fiesta solsticial masónica con San Juan el Limosnero.

Juan el Limosnero, patriarca de Antioquía, no duda en abandonar su posición de privilegio para dirigirse a Jerusalén. Allí socorre a los peregrinos, crea una fraternidad para curar a los cristianos enfermos y heridos, ayuda económicamente a los que viajaban a Tierra Santa o a los que visitaban el Santo Sepulcro. La Iglesia lo canoniza bajo el nombre de Juan el Limosnero o Juan de Jerusalén. De alguna forma se le considera el precursor de la Cruz Roja Internacional. También se afirma que el puesto de Hermano Hospitalario, que es regular en los cuadros logiales de la Orden francmasónica, tanto en sus símbolos como en sus funciones es una reminiscencia de este personaje.

Para los griegos los solsticios eran sinónimo de *puertas* siendo el solsticio de verano la *puerta de los hombres*. Etimológicamente la palabra Juan se relaciona con el vocablo latino *Janua* cuya traducción es puerta y del que se deriva *januarius*, enero, o iniciación. Sin salir de este contexto cabe subrayar que el significado de puerta lo tiene también la letra griega Delta que tiene forma de triángulo y que era la que utilizaban los antiguos en las puertas de acceso a los templos iniciáticos. Los cristianos sustituyeron el *Janua* o *Janus* etrusco y su equivalente Saturno de los frigios y los griegos con San Juan, nombre que en una de sus acepciones se interpreta como la gracia o el don de Dios.

Jano, como personaje mitológico, asoma inicialmente en la mitología hindú primitiva. Como dios de la naturaleza era guía de las almas y, como a Osiris, se le llama Sol teniendo bajo su custodia las puertas de Oriente y Occidente. Janus, para los romanos, era el dios que presidía el ingreso del Sol en los hemisferios celestes, el dios de la iniciación a los misterios y al mismo tiempo el dios de las corporaciones de artesanos.

Desde siempre la Francmasonería ha asimilado a Janus dentro de su estructura simbólica y derivado de ello está la importancia que concede a las fiestas solsticiales.

Diversos autores masónicos hacen referencia a que la utilización del término Logia de San Juan se remonta al tiempo de las cruzadas cuando los caballeros masones

se unieron a sus similares de la Orden de San Juan de Jerusalén, y que en gesto de solidaridad a los principios de éstos aceptaron como propio a su patrón. Por sincronía todas las Logias de las corporaciones de constructores pasaron a llamarse Logias de San Juan.

Comúnmente se asume como patronos de la masonería universal conocida como simbólica o azul a Juan Bautista y a Juan Evangelista, en los que se representa las dos fiestas solsticiales emanadas de la antigüedad, el primero la del verano y la del invierno el segundo.

La tradición masónica las ha hecho celebraciones obligatorias y se auspicia, como reconocimiento de su impronta ceremonial, que es momento adecuado para llevar a cabo Asamblea General en Grandes Logias y Tenida Magna y Solemne en Logias regulares. Asimismo es preceptivo en el solsticio de verano la elección de Grandes Maestros, Venerables y Dignatarios.

Jano, dios bifronte, arcano, esotérico y enigmático, fija una de sus caras en la tradición del pasado, mientras la otra indica el rumbo hacia el devenir. Es una exhortación permanente, a quien lo observa y lo comprende, a asumir con dignidad y valor su tarea presente, aprovechando la experiencia de lo acaecido para anticiparse al destino. Es quizás esa cualidad visionaria encerrada en la alegoría de Jano el origen y resumen temporal y espacial de la Masonería desde una perspectiva iniciática.

De ella se nutre la Orden en lo profundo de su ser, en su esencia real y es a la vez el arma más poderosa con que se dota para garantizar su teleología inmanente.

El Sol es, por si solo, un símbolo masónico de suma importancia. La Logia, en esencia, es una simbolización del Universo con un territorio enmarcado por piso terrenal y su techo celestial. El Venerable Maestro ilumina simbólicamente el Taller con su sabiduría cual el Sol que comienza su esplendor desde el Oriente. El Primer Vigilante simboliza al Sol en el ocaso al Occidente y el Segundo Vigilante simboliza el Sol al Mediodía en la escala del tránsito.